

**ONE  
CITY  
ONE  
STORY**

Relatividad

Daphne Kalotay

2017





CITY OF BOSTON • MASSACHUSETTS  
OFFICE OF THE MAYOR  
MARTIN J. WALSH

Estimado/a lector/a:

Es un gran placer poder apoyar los esfuerzos del Festival del Libro de Boston y su programa Una Ciudad Un Cuento, que cada año publica un relato corto. Una de las prioridades de mi administración ha sido celebrar el papel del arte y de la cultura en las vidas de nuestros residentes. Los programas recientes que apoyan a los artistas individuales, que dan prioridad al arte público y que trabajan con las instituciones locales para crear espacios no tradicionales y asequibles para la representación y el ensayo ayudan a integrar el arte y los artistas en la vida cotidiana de nuestra ciudad.

Iniciativas tales como Una Ciudad Un Cuento del Festival del Libro de Boston también llevan las artes literarias directamente a los ciudadanos de Boston—a nuestros hogares, trabajos y lugares de recreación. El encuentro con la ficción breve en los mercados de agricultores, cafés, festivales, oficinas municipales y estaciones de transporte hace recordar a los lectores de Boston el lugar central que ocupa la literatura en la vida de nuestra ciudad, y nos alienta a relacionarnos no solo con una gran historia sino también entre nosotros.

El cuento de este año, escrito por la autora de Somerville Daphne Kalotay, ofrece un mensaje particularmente conmovedor sobre la resiliencia y la recuperación, así como sobre el poder de la narrativa para crear conexiones entre personas de diferentes generaciones y experiencias. Espero que esta historia inspire a la lectura, la reflexión y la discusión, y les animo a que participen en la conversación. Como siempre, copias impresas del cuento, en inglés y español, estarán disponibles gratuitamente por toda el área metropolitana de Boston, así como en línea en varios idiomas.

¡Feliz lectura!

Martin J. Walsh  
Alcalde de Boston



# INTRODUCCIÓN

El Festival del Libro de Boston presenta el octavo programa anual Una Ciudad Un Cuento (One City One Story), un proyecto que pretende tanto promover la literatura entre los jóvenes y los adultos de nuestra ciudad, como crear una comunidad centrada en la experiencia de la lectura compartida.

Nuestra meta es hacer disponible para todos, sin ningún coste, un cuento corto. Con la distribución de 30.000 copias impresas de “Relatividad” de Daphne Kalotay, en inglés y en español, además de proporcionar archivos de audio, descargas y traducciones adicionales en nuestra página web, se pretende inspirar conversaciones que demuestren los diversos puntos de vista y perspectivas de los residentes de Boston. Este año estamos agradecidos por tener a Bookbub como patrocinador de nuestro programa. Si Una Ciudad Un Cuento ha inspirado su entusiasmo por la lectura, por favor visite [bookbub.com](http://bookbub.com), donde encontrará miles de los libros electrónicos más vendidos.

Esperamos que usted lea, disfrute y converse sobre “Relatividad” en encuentros locales, en eventos bibliotecarios y en nuestra página web. Si este cuento le ha inspirado el deseo de discutirlo o hasta escribir su propio cuento, consulte la discusión y las condiciones del concurso de escritura de Una Ciudad Un Cuento que se encuentran en nuestra página web.

Visite [www.bostonbookfest.org/one-city-one-story](http://www.bostonbookfest.org/one-city-one-story) para conocer más.

Esperamos que usted nos acompañe el día 28 de octubre en Copley Square en el Festival del Libro de Boston para la oportunidad de conocer a Daphne Kalotay y de participar en una reunión donde se discutirá el cuento.

**UNA CIUDAD UN CUENTO: LEE. PIENSA. COMPARTE.**



## *Relatividad*

De acuerdo con las anotaciones en su expediente, Rozsa Fischer, de noventa y nueve años de edad, del 124 de Babcock Street, estaba muriendo. Su corazón y sus riñones estaban al borde del colapso, sin mencionar la costra supurante en el pie, causada por una de esas nuevas infecciones resistentes a los antibióticos. Aun así, el asilo la había devuelto a su casa y abandonado, luego de que ella insistiese en que no quería tener que ver más con ellos.

Robert, quien había supervisado el caso de Rozsa Fischer durante los últimos cuatro años, se sentó intranquilo junto a la cama facilitada por el hospital. —Le proporcionamos los servicios un abogado contractual sin coste —le explicó, parte de la adusta conversación que estaba entre sus obligaciones. También, de nuevo, estaba coordinando lo que le restaba a Rozsa Fischer de las visitas médicas, las entregas de alimentos, los servicios de limpieza y las ayudantes que vendrían a hacer encargos y a ver que ella tomase sus medicamentos —aunque el doctor, un tipo de apellido Turley, no había parecido particularmente insistente sobre los medicamentos.

—Para cualquier documento legal que pudiese necesitar

—continuó Robert, aunque le sonaba mal, ahora—. Nuestros servicios incluyen...

—Tráigame el folleto del supermercado.

La voz de Rozsa Fischer, con sus muy marcadas y vibrantes “erres”, le pareció a Robert más fuerte que nunca. Aunque tenía instrucciones de realizar solamente las tareas dentro de su responsabilidad, encontró la edición dominical de *The Globe* donde la ayudante de los fines de semana lo había dejado y buscó las páginas escurridizas de la circular del Star Market. Imágenes brillantes de melones, salmón asado, uvas verdes rociadas con agua. Él le entregó el encarte a Rozsa Fischer.

Lentamente —muy lentamente— ella apuntó su dedo índice. En el último año, sus huesos parecían haberse alargado y aplanado. Su pecho era cóncavo, sus protuberantes hombros y sus codos como las articulaciones de una marioneta. —El melón está de oferta. Si se ven buenos, compre dos.

Robert trató de no retorcerse en la silla de madera. —Estoy seguro de que la ayudante vespertina estaría feliz de...

—También un poco de carne molida de res. Ochenta por ciento ¿okey?, nada más magro.

—Señora Fischer, he reiniciado “Comidas sobre ruedas” para usted —. Él lo había hecho a pesar de su hábito de conservar algunos platos, a veces durante semanas, para mostrárselos en sus visitas mensuales, y probarle su naturaleza poco apetitosa.

—¡Dos dólares por una toronja, es un *crimen!*

—¡Por favor, señora Fischer! El doctor Turley dijo que su corazón...

—Robert. —Rozsa Fischer se reclinó y dejó las páginas descansar sobre la manta tejida—. El doctor Turley es muy amable, pero no es muy listo.

Robert deseó que no se le hubiese notado ninguna reacción en su rostro. El doctor Turley era el médico al que la agencia llamaba porque hacía visitas a domicilio. Ése parecía ser su talento principal.

—Quiero decirle algo, Robert —Rozsa Fischer se veía sorprendentemente regia para alguien prostrado en una cama mecánica. Su cabello era gris y se había hecho solo un poco más delgado; sus ojos lechosos, alerta—. Veo que su mujer no lo está alimentando.

Normalmente él se hubiese reído. Era cierto que había perdido peso en los meses siguientes al nacimiento de su bebé. —Aprecio su preocupación, señora Fischer, pero estoy aquí hoy para hablar de sus... planes. Ofrecemos un abogado y otros servicios...

—Ya he hecho mi testamento, se lo agradezco.

—¡Ah, qué bueno! —También estaba el asunto del funeral, los pagos pendientes y a quién se contactaría tras su fallecimiento; Robert había sido preparado para tratar estos preparativos. Incluso había navegado por estas conversaciones tantas veces en los últimos años, procediendo con calma, punto por punto, a través del folleto que la agencia les daba. Ahora, sin embargo, la misma noción de tales planes le parecía aberrante.

Dejó el folleto —*Decisiones oportunas*— sobre la mesa de noche, al alcance de ella. —Esto puede resultarle útil. ¿Por qué no regreso el viernes, cuando ya haya tenido tiempo de leerlo?

No que alguna vez le hubiese parecido correcto hablar de la muerte como un simple asunto de negocios. Algunos clientes respondían con insultos. Otros, como Rozsa Fischer, por lo general ni se inmutaban. Tal vez a tan avanzada edad, la muerte ya no asusta. O quizá, cuando se ha sobrevivido

Buchenwald, Auschwitz y la cirugía de reemplazo de las dos caderas, la muerte parece algo que puedas burlar indefinidamente.

\*

Afuera había comenzado a llover, gruesas gotas gélidas, abril en Nueva Inglaterra. El trolebús, lleno a toda su capacidad, estaba rodeando Packard's Corner, las ruedas rechinaban lentamente contra las vías. Robert podía ver a los estudiantes apretujados contra las ventanas mirando fija e impasiblemente sus teléfonos móviles. Sacó su teléfono para saber de Katie, pero cuando respondió el contestador, colgó.

Acomodó su bufanda por dentro del cuello del abrigo y trató de evitar los fríos charcos de arena y suciedad. Este tramo de Commonwealth Avenue era siempre gris. En la ventana del lugar donde vendían alitas de pollo para llevar, un letrero escrito a mano anunciaba: “OPORTUNIDADES DE TRABAJO POPULARES”.

Había dejado de decirle a la gente, cuando preguntaban sobre su trabajo, exactamente a quiénes ayudaba su organización. —Servicios para personas de la tercera edad, —señalaba, luego de muchos años de las mismas bromas. *¿Te has dado cuenta de que muy pronto te quedarás sin trabajo, verdad?*

Era cierto que justo en el año pasado el número de clientes “expirados” se había duplicado. Cuando hizo la solicitud para el puesto, el mismo año en que recibió el máster en Trabajo Social, no sabía aún que una quinta parte de los supervivientes del Holocausto en el Mundo vivía en los Estados Unidos. Entre los beneficios que los clientes de Robert recibían, estaban las visitas a domicilio, servicios de

transporte, orientación psicológica y un pago de tres mil dólares como compensación del gobierno alemán. Alrededor de ochenta mil millones de dólares desembolsados desde 1952. E incluso, entre los muchos supervivientes que residían fuera de Alemania, cincuenta mil todavía no habían hecho el reclamo.

Por supuesto, el hacerlo implicaba exhumar el pasado para probar que había sido internado en un gueto o deportado a un campo o estado escondido de los Nazis por lo menos seis meses. Aun así, el dinero de la compensación continuaba sacando supervivientes debajo de las piedras. Como Abe Linder, el siguiente caso de Robert en el día y el más joven de los clientes de Servicios para Supervivientes. Setenta y seis años de edad.

Matemático retirado, Abe vivía justo en Brighton. No era realmente judío, siempre se encargaba de recordárselo a Robert, aunque los documentos en su expediente dijese lo contrario. En su acento de conde de Transilvania, explicaba —Soy suizo.

Dicho eso, él quería sus tres mil, más las veinte horas a la semana de cuidados en casa. —Que paguen los alemanes — como él decía. Parecía realmente gustarle que fuese el gobierno alemán el que desembolsase el dinero. Le desagradaban los alemanes casi tanto como los judíos.

Robert (mitad judío, no practicante) sentía que no le atañía juzgar. Abe desde luego no era el primer cliente que tenía un especial desprecio por cualquier cosa relacionada con el cataclismo que había moldeado su vida. Según su expediente, Abe había pasado más de un año escondido junto con otros siete niños judíos en el entrepiso de un laboratorio de física. A sus veinte años, emigró a Zúrich, se casó y crió a su hija que, a su vez, se casó con un americano y trajo a Abe

al país cuando su esposa murió. Pero ahora su hija se había divorciado y unido a una comuna en algún lugar de Arizona. Abe estaba solo de nuevo.

Vivía en la primera planta de una casa de guijarros color café sobre Washington Street. La aldaba de la puerta era la cabeza de un león sosteniendo un anillo en su hocico. Dentro, el apartamento olía a curry de la cocina invisible de una familia en la segunda planta. Robert acompañó a su cliente al escritorio pesado de madera repleto de cosas obsoletas —un cartapacio de piel con hojas de papel grandes dobladas por las esquinas, un sacapuntas redondo compacto y una goma de borrar rectangular blanca, un tarjetero grueso con hojas para notas amarillentas. Con Abe a su lado, Robert se dispuso a llenar el papeleo que traería el dinero de los alemanes.

Abe iba al grano, no era del tipo que prolongaba las visitas. Sin conversaciones frívolas o historias de tiempos pasados. Otros clientes caían en reminiscencias con solo una frase. ¡Demasiadas historias! Robert las archivaba en su mente como espeluznantes cuentos de hadas.

Magda Blum en el Danubio: *Nos alinearon a lo largo del río. Yo estaba al final de la fila. El oficial frente a mí era joven, y yo siempre había sido bonita. Él miró hacia la izquierda y hacia la derecha, y movió su cabeza como diciendo “Vete”. ¡Me estaba dejando ir! Él no disparó cuando me alejé. Pero pude escuchar los disparos dirigidos a otros.*

Hans Aaldenberg sobre el Día de la Liberación: *Entonces fuimos a ver cuál era el problema, dónde estaba nuestra sopa. Pero los guardias ya no estaban ahí —¡habían huido!*

El bebé de Yvette Klinger: *Me estaba muriendo de hambre cuando mi bebé nació. No tenía leche, no podía alimentarlo. Moli algunas alubias y eso le di. El estómago le dolía mucho, pensé que yo moriría.*

Ahí era dónde Yvette Klinger siempre comenzaba a llorar. No importaba que ella hubiese llevado ya dos años de muerta. Si él lo decidía, Robert no sabría cómo desechar recuerdos de ella. O de otros. Trocitos de historia que, francamente, servían principalmente para ralentizar las cosas para los ayudantes que trataban de llegar a sus siguientes clientes. Hans Aaldenberg se levantaba, con un pie en el otomano, aclaraba su garganta y, con una voz retumbante, se lanzaba en una reminiscencia como profesor ante el atril, mientras que los ayudantes se movían incómodos y echaban un vistazo a sus teléfonos. Magda Blum en una ocasión habló con un representante de los seguros Blue Cross Blue Shield durante cuarenta y cinco minutos. Ni Robert ni el representante se atrevieron a interrumpirla.

No es que Robert los criticase por estos interludios. A menudo tales recuerdos eran simplemente inevitables, baches a lo largo de cualquier recorrido de la conversación. No se podía evitar caer en ellos.

De todos modos, había quienes usaban sus historias oscuras de manera combativa, lanzadas como granadas ante cualquier desaire percibido. Algunos incluso clasificaban sus tribulaciones competitivamente. *Ella* nunca estuvo en un *campo* —yo sí estuve en un *campo*. O, ¿Y qué si ella estuvo en un campo? Yo fui enviada lejos y nunca más volví a ver a mis padres. O, Él todavía tiene a su hermano —¡toda mi familia fue asesinada! El amontonamiento indiferente de demasiadas tragedias se convertía incluso en una ofensa más.

Hasta hacía tres meses, Robert había encontrado estos rankings simplemente curiosos. No había entendido la necesidad de ordenar y discurrir sobre cosas que nunca tendrían sentido.

En cuanto a clientes como Rozsa Fischer, que nunca

mencionaban sus sufrimientos pasados, Robert solía creer que había dignidad en el silencio. Ya no estaba tan seguro. ¿Por qué debía ser menos noble el clamar al mundo por haber sido cruel contigo? Los clientes de Robert habían perdido sus familias, sus infancias, sus tesoros. Algunos habían perdido sus nombres.

—Solo un número —decían, y le mostraban el tatuaje en sus brazos. O, —Yo solía ser un Baum, pero lo cambiamos a Bolgar —. Incluso cuando no se lo decían, Robert lo veía en sus documentos. Stern se había convertido en Sterling. Blau se había convertido en Bonner. Kohn se había convertido en Kohl.

—No sé por qué dice eso —Abe Linder dijo esta vez, sobre el nombre cargado de consonantes en sus documentos de indemnización. —Es incorrecto. Soy suizo.

\*

—Debemos darle un nombre — dijo Katie en su segundo día en el Mass General. En sus brazos cargaba a su hija, un ser diminuto con una cara perfecta —boca como de muñeca, diminutas orejas, nariz e incluso minúsculos orificios nasales que resoplaban con cada respiro.

Un nombre. Durante meses ellos habían coleccionado sus favoritos en un bloc de notas en el refrigerador, como una graciosa lista de víveres. Se había convertido en un juego. Los más extravagantes: Moxie, Bebe, Bijoux. Los pasados de moda: Delia, Mavis. Los elegantes e influyentes: Sloane, Blake. Pero a esta diminuta creatura, ¿qué nombre no le abrumaría? ¿Qué nombre no parecería una broma cruel?

Aun así, ellos debían ponerle un nombre. Se les había explicado por qué.

Ninguno de los nombres de la lista serviría. Robert sabía que Katie sentía lo mismo. A lo mejor era el neo inglés en él que conjuraba una lista nueva: aquellos sustantivos remilgados y faltos de humor que los puritanos habían invocado para hacer fuertes a sus hijos ante las adversidades. *Paciencia. Honor. Prudencia.* Se preguntó si se atrevería a sugerírselos a Katie, o si justo eso la incomodaría más.

Parecía una tarea imposible. Pero ellos tenían que encontrar alguno. No puedes enterrar a una criatura en Massachusetts sin un nombre.

\*

Su último caso del día, Emma Klein, tenía ochenta y nueve años. Vivía con su esposo en Milton en una casa en la que todas las puertas rechinaban. La memoria le estaba fallando; según los ayudantes, le había dado por dirigírseles en su lengua materna. Su esposo insistía en que todo estaba bien, pero eso era común. Robert había dispuesto una evaluación de su estado.

El especialista debía haber llegado hacía quince minutos. Mientras esperaba con su cliente, Robert sorbía un té caliente y amargo y escuchaba las ventanas golpetear a cada sopro. Cuando el esposo abrió la puerta lateral para dejar salir al perro, Emma Klein gritó, sus palabras se agolparon, silbando debajo de su respiración. Y aunque ella habló en alemán, Robert —contratado en parte por sus aptitudes rudimentarias en ese idioma— entendió. Tendría que comunicárselo al especialista.

Le contó a Katie lo sucedido esa noche, mientras comían el palak paneer para microondas de Trader Joe's. Solían hacer dos paquetes al mismo tiempo, pero esta noche compartieron

uno y tomaron cerveza espumosa en los tarros de vidrio que Robert había enfriado en el congelador. —Ella le estaba advirtiéndole que, si él no era cuidadoso, ellos lo capturarían. Las S.S.

Katie negó con la cabeza. —Como si una vez no hubiera sido suficiente.

—Ella comenzó a sudar y a temblar. Creo que pensó que yo también era uno de ellos. No supe cómo tranquilizarla. Afortunadamente el psicólogo apareció.

—¡Claro, para interrogarla! —Katie dejó ver una pequeña, triste sonrisa.

Era bueno verla reír. Incluso solo platicar de esta manera, casualmente, sobre otras personas que no fueran ellos. Parecía que cada día se movían lentamente en dirección hacia la pareja que habían sido.

Habían acordado no guardar bajo llave el episodio como si fuese una tragedia vergonzosa. Algunas veces, cuando le preguntaban si tenía hijos, Robert se tomaba un momento para explicar —y luego se sentía mal por imponer su triste historia a un inocente desprevenido. A menudo solo movía la cabeza. Amigos y conocidos, cuando se enteraron de lo que había pasado, dijeron cosas que nunca le parecieron adecuadas: que seguramente fue una bendición para una criatura no llevar una vida tan severamente comprometida; que ahora ella era un ángel en el Cielo; que ella nunca conocería las decepciones de la vida.

El tarro de cerveza que se descongelaba, ya sin escarcha, tenía una graciosa insignia en un lado de una celebración Oktoberfest que ahora parecía, como muchas cosas, algo ridícula —residuo de una vida ingenua y frívola. Robert dijo, —¿Qué tal si nos vamos de viaje? Aunque sea solo por un fin de semana largo, a algún lugar cálido, las Bermudas o

las Bahamas”. Él había querido sugerirlo, pero le preocupaba sonar displicente. Además, su salario no era suficiente para algo lujoso. Pero quería —necesitaba— hacer algo para marcar una ruptura entre el pasado y el futuro de ellos.

Katie tomó su mano entre suyas. Era ella a quien le gustaban las vacaciones en la playa; Robert tendía a inquietarse. —¿Para que entonces tú te quemes al sol y te pongas tenso? —Ella apretó su mano. —Gracias, amigo. Lo pensaré.

\*

Ella había hecho todo lo que los libros y los sitios de internet decían, había tomado licuados proteínicos, nadado tres veces a la semana. Robert le había visto practicar los ejercicios de respiración prescritos; ella incluso escuchó música que se decía benéfica para el feto en desarrollo. Todo parecía estar yendo bien y nada extraño había salido en los estudios. Ella era lo suficientemente joven para que después de cinco meses dejasen de practicarse exámenes por completo. Pero cuando comenzó el parto (dos meses exactos antes, incluso eso parecía factible), el pequeño ser al que había dado a luz pesaba solo cuatro libras y no tenía manos ni pies —ni tampoco, como pronto descubrieron, órganos vitales suficientemente desarrollados.

En una era de lecturas digitales, exámenes de sangre y ultrasonidos, la sorpresa de esto era la parte que, cuando posteriormente Robert confesó las noticias, nadie lograba creer. Como si hubiese sido alguna locura por parte de Robert y Katie lo que había evitado que alguna pista se revelase por sí misma. Pero los doctores les aseguraron que no había sido culpa de ninguno de ellos. Cualquier cosa que hubiese ido mal había pasado después de esos ultrasonidos y exámenes. No

podían haberlo sabido, nada que hacer. Su hija simplemente no tenía lo necesario para sobrevivir.

Y aun así tuvieron que esperar cinco días, tal como sucedió, para que ella dejase de intentarlo.

\*

El viernes cuando Robert regresó a ver a Rozsa Fischer, se alarmó al encontrarla de pie y fuera de la cama, apoyada en su andador de cuatro ruedas. Su cabeza se mecía sobre el delgado, flácido cuello, sus largas extremidades de marioneta desgarbadas y extrañas mientras continuaba acercándose a él. El aroma de algo asándose emanaba de la cocina.

Robert colgó su abrigo en el perchero de madera y miró el hinchado y vendado pie de Rozsa Fischer, apretujado en la sandalia de felpa. El doctor Turley había dicho más de una vez que si la infección no cedía, le tendrían que amputar el pie.

—¿Le dijo la enfermera que podía apoyarse en esa pierna?

—Estas enfermeras tuyas. Cada una más gorda que la otra.

Había incluso un poco de color en sus mejillas. Ahora que él estaba más cerca, Robert también notó —con curiosidad más que con preocupación— que el lunar precanceroso que se habían encargado de remover quirúrgicamente estaba volviendo a aparecer.

Rozsa Fischer dijo —Le cociné pan de carne.

—Señora Fischer...

—Ni siquiera he tomado el ibuprofeno hoy, Robert. Desperté y no tenía dolor. Pensé: “¡Ah!, tal vez están en lo correcto y estoy muerta”.

Desde luego que parecía estar en mejor forma que en los últimos meses, quizá incluso que el año pasado. Un momento extraño, supuso Robert, para sacar a colación *Decisiones*

*oportunas.*

—Robert—. Con su caminador de ruedas, Rozsa Fischer avanzaba lentamente hacia el salón. —Tiene que *comer*.

Fue entonces cuando el timbre de la puerta sonó. Los ojos de Rozsa Fischer se abrieron bien grandes. —Debo apresurarme —ella comenzó el lento y torpe viaje por el vestíbulo.

—¿Quiere que pregunte quién es?

Ella se dirigía obstinadamente hacia el dormitorio y no respondió.

El timbre sonó otra vez. —Un minuto —gritó Robert. Pero se tomó su tiempo para regresar al vestíbulo. El doctor Turley ya había entrado y estaba devolviendo la llave a la caja de seguridad.

—¡Hola, Robert! —El doctor Turley dio un paso largo y estrechó su mano. Un fuerte y rápido apretón. Estaba excesivamente en forma y sin muestras de calvicie, lo cual siempre hacía sentir inferior a Robert.

Robert dijo —De hecho, estaba a punto de irme.

Desde el dormitorio, Rozsa Fischer gritó, —Llévese su pan de carne.

El doctor Turley levantó sus cejas y con una voz estruendosa dijo, —¿Es usted, jovencita? —Ya estaba escabulléndose de Robert, pronunciando cumplidos.

Robert se dirigió hacia la cocina, donde yacía sobre la estufa el pan de carne, envuelto en papel de aluminio. Ella tuvo que haberlo sacado justo antes de que él llegase. ¿Cómo se las había arreglado para hacer eso? La ayudante vespertina tuvo que haberle ayudado. En sus manos, el pan de carne estaba tibio y tierno.

Él pudo escuchar al doctor Turley —jocoso y ruidoso— mientras regresaba al vestíbulo. Robert asomó su cabeza al

dormitorio para agradecer a Rozsa Fischer y dejarle saber que se marchaba.

—Ahora, escuche, jovencita —estaba diciendo el doctor Turley cuando Robert llamó la atención de Rozsa Fischer y agitó el pan de carne. —Más le vale que siga las órdenes del médico.

Robert se fue rápidamente. Si se hubiese quedado, podría haber dicho alguna grosería.

\*

La doctora en el hospital llevaba el cabello recogido en una gruesa trenza gris. Su cara no mostró ninguna emoción cuando, al explicarles el camino que la vida de su hija tomaría, dijo tranquilamente —Lo siento.

Eso pasó el primer día, en el cuarto donde Katie estaba aún recuperándose. La doctora sonó bastante sincera; aunque su compostura, o quizá los modales de Nueva Inglaterra, le permitieron parecer impenetrable. Era el capellán del hospital, un sujeto que se veía demasiado joven para el trabajo, a quien Robert en ocasiones recordaba.

No habían preguntado por él. Estaban sentados en silencio, mirando a su hija dormir. Era el cuarto día, su centésima hora su lado. Cuando el capellán se detuvo frente la puerta para preguntar —suavemente, en un tono calmado y relajado que le hacía sonar como si fuese de California— si podía ayudar en algo, Katie sorprendió a Robert asintiendo con la cabeza.

Ella dijo —Pase a ver a nuestra hija.

Todavía no le habían puesto un nombre. Era una tarea demasiado morbosa, demasiado fútil. Aunque en su cabeza había añadido a la lista (Amity o Faith o Mercy), ningún nombre parecía apropiado.

El capellán se veía como de unos veinte años, con la cara sin arrugas y el corte de cabello desaliñado que se rizaba en las puntas. Robert percibió un aire de ocio en él, como si recién hubiese venido de un encuentro de voleibol. Probablemente era su fe lo que le daba ese aspecto tranquilo. Robert no podía evitar envidiar a las personas así, envidiar su convicción, la cual no compartía y a la que no podía recurrir para hacer que este desastre tuviese algún significado. Había vislumbrado esa certidumbre en una visita que hizo con Katie, a comienzos de su romance, a la casa de Emily Dickinson, y nunca había olvidado las sencillas palabras en la tumba: ME LLAMAN.

Como un anuncio en la puerta de una oficina; me llaman a atender asuntos urgentes. Qué tranquilizador sentido de sí misma, de diligencia, de inevitabilidad. En la habitación del hospital, sintió un oleaje de algo cercano a los celos cuando el capellán se acercó a su hija que dormía. Se veía tan joven y sereno, divinamente blindado contra los caprichos de la muerte.

El capellán se inclinó sin problemas frente al moisés y la miró —su criatura imperfecta con el perfecto rostro como de muñeca.

La cara del capellán entonces hizo algo. Una pequeña contracción nerviosa. No de alarma; más como de sorpresa. Tal vez incluso de asombro. ¿Qué esperaba? No esta diminuta cosa durmiente. La miró y pareció que ya no estaba simplemente realizando un ritual, ni los ademanes automáticos de su día, sino que estaba observando, acogiendo, a su hija.

Luego el capellán comenzó a parpadear: un esfuerzo, pensó Robert, por no llorar. Robert vio que presionaba los labios como si quisiese evitar que su boca temblase. Incluso cuando había recobrado su compostura, el capellán se veía desconcertado de alguna manera.

Después volteó hacia ellos y dijo, en un tono de asombro: “Ella es como una pequeña joya”.

Cuando Robert pensaba en aquellos días en el hospital, éste era el momento al que frecuentemente llegaba. La apreciación de este extraño de su hija y de su calamidad íntima. Durante esos escasos momentos, otra persona había cargado una parte de su dolor.

\*

En el transcurso de las siguientes semanas, el clima mejoró, el sol calentaba el automóvil entre cada visita a sus clientes. Robert se dio cuenta de que había estado temiendo el cambio de estación. Los días cortos del invierno le habían dado menos tiempo para discurrir; los charcos grises de nieve hacían juego con su ánimo. Ahora había luz del sol y el alivio palpable de toda una ciudad por haber logrado salir de la agonía final del invierno.

Era una tarde radiante de viernes cuando terminó de coordinar la última ronda de visitas médicas de Hans Aaldenberg. Regresó al exterior para hallar Coolidge Corner soleado y bullicioso, solo soplabla una brisa fresca. En Beacon Street el trolebús hacía sonar su campanilla y se abría paso lentamente.

Rozsa Fischer vivía no muy lejos de ahí. Robert se imaginó el folleto *Decisiones oportunas* sobre la mesa junto a la cama. Aunque el doctor Turley sustentaba que ella ya debía haber muerto, Robert no había oído tales noticias. Su calle, Babcock, estaba de camino al último caso del día.

Al llegar al edificio, se quitó el gorro y tecleó su número en el intercomunicador. Esperó un largo rato a que ella respondiese el teléfono. Al escuchar su voz, gruesa y lenta,

él se sintió culpable de haberla despertado.

—No, suba usted... Quiero verle.

Robert tomó las escaleras en lugar del ascensor. Abrió la caja de llaves. El vestíbulo permaneció en calma mientras se quitaba su chaqueta y decía, —Soy yo.

—Venga para acá —. Su voz venía desde el dormitorio. Estaba recostaba sobre la colcha, vestida con un suéter amarillo, unos pantalones grises y una calceta blanca. El otro pie, el infectado, estaba muy inflamado, envuelto en una gasa y apoyado sobre una sábana doblada muchas veces. En el lado opuesto de la cama se encontraba el carrito de la enfermera con algodones, vendas, tintura de yodo y un frasco grande de Cipro.

Rozsa Fischer frunció el ceño. —Siéntese —. Hablaba como si una bola de tela estuviese atrapada debajo de su lengua. —La enfermera me ha dicho que usted se irá de vacaciones.

—De hecho, sí. — Robert miró el hinchado pie. —Eso se ve doloroso.

—¿Va a algún lugar cálido?

—Bahamas, por cinco días. ¿Ha revisado el doctor Turley su pie?

—Robert, quiero decirle algo —Rozsa Fischer se estiró lentamente para tomar su taza de agua. La ayudante vespertina era conocida por dejar vasos llenos de agua sobre cualquier superficie posible, para que así siempre tuviese alguno a su alcance. Robert observó a Rozsa Fischer beber, un acto simple que requería mucho esfuerzo. Muy lentamente ella puso la taza su lugar. Comenzó a hablar.

—En el campo estábamos muy hambrientos. Tenía llagas en todo mi cuerpo. Un día, una cebolla rodó de una carreta. Antes de que yo pudiese levantarla, otra niña ya la había

recogido. Ella también estaba muerta de hambre, podría haberse comido cien cebollas. Pero, Robert, ella la compartió conmigo. Y las llagas en mi cuerpo, ellas *sanaron*.

Pareció estremecer. —Señora Fischer, ¿tiene dolor?

—¿Ya ve, Robert, por qué debe usted comer?

Robert buscó en la cara de ella para ver si esto era una explicación o una simple declaración de que una persona pudiese curarse. ¿O sería que esta historia estaba destinada para *él*? Supuso que otro “proveedor” pudo haberle mencionado algo. Que le había contado lo que pasó con su bebé. O quizá ella simplemente había notado que él había perdido peso.

Robert miró la taza de agua, el carrito de la enfermera repleto de provisiones. Su pulso, advirtió, latía aceleradamente. Se escuchó decir —Hace cuatro meses y medio, nació nuestra hija. Estaba muy enferma. Nos dijeron que no sobreviviría. Pero tomó cinco días.

Al final de esos cinco días él había sentido un agotamiento diferente a cualquiera que hubiese experimentado. No solo el corazón sino también la cara, los huesos, incluso la parte posterior de los ojos le habían dolido. Aun con cada día pasado en ese cuarto del hospital, algo más había estado ocurriendo, creciendo. Un sentido de sí mismo como padre y de esa diminuta criatura como su hija.

Rozsa Fischer dijo —Siento pena por usted, Robert.

Inmediatamente se sintió avergonzado. Por haber dislocado su dolor y haberlo puesto ante esta pobre mujer moribunda. Pero algo lo mantenía de pie junto a la cama, sobando su gorro con las manos.

Sintió que su cara se ponía caliente. —Su nombre era Rubí.

Algunas ocasiones cuando encontraba a Katie llorando, y la abrazaba y susurraba sensiblerías inútiles, pensaba este

nombre dentro de él, cómo parecía haber sido entregado a ellos, y la calidez con la que guardaba a su hija. Durante gran parte de ese cuarto día, y toda del quinto, su hija había sido Rubí, viva. E incluso cuando terminó arrancada de la vida, continuaba siendo Rubí, añorada y echada de menos. Algunas veces eso ayudaba.

—Rubí —Rozsa Fischer asintió vigorosamente con la cabeza—. Hermoso.

Robert observó la cabeza pesada, los hombros de marioneta. Se preguntó si le volvería a ver, o si regresaría de sus vacaciones para encontrar otro nombre tachado de su lista, agregado a aquella otra columna de nombres, los públicos y los secretos y privados que se le había permitido conocer.

Él dijo —No era mi intención hablar de mí. Solo pensé que debía venir a ver cómo estaba. Debo marcharme ya.

—Yo también, Robert. Una lenta, casi silenciosa risa. Pero ella estaba todavía ahí.

## Sobre la Autora

Daphne Kalotay es una novelista residente de Somerville, Massachusetts. Su colección *Calamidad y otras historias* fue nominada al Story Prize del 2005 y su novela publicada en el 2011, *Invierno rojo*, ganó el Premio de Ficción de la Writer's League de Texas de ese mismo año. Su novela más reciente, *Sight Reading*, fue la ganadora en la categoría de ficción del Premio del Libro de la New England Society del 2014. Ella es profesora en Emerson College.

Copyright © 2017 by Daphne Kalotay.

Traducción de páginas preliminares y apéndices de Ana Isabella Ley.

Nuestro formato fue inspirado en *One Story* ([www.one-story.com](http://www.one-story.com)), una revista literaria sin fines de lucro que publica un cuento corto cada tres semanas.

## **The Boston Book Festival**

32R Essex Street

Cambridge, MA 02139

857.259.6999

[www.bostonbookfest.org](http://www.bostonbookfest.org)

**Fundadora y Directora Ejecutiva:** Deborah Z Porter

**Directora Auxiliar:** Norah Piehl

**Directora de Operaciones:** Sarah Howard Parker

**Gerente del proyecto Una Ciudad Un Cuento:** Madelene Nieman

**Comité ICIS:** Alicia Anstead, Callie Crossley, Bridget Gildea, William Girdali, Henriette Lazaridis, Ladette Randolph, y Christina Thompson.

**Lectores:** Elisa Birdseye, Mark Krone, Niki Marion, Sheila Scott, y April Wang.

Para más información sobre los grupos de discusión, los encuentros locales, las traducciones y nuestro concurso de escritura ICIS, consulte [www.bostonbookfest.org/one-city-one-story](http://www.bostonbookfest.org/one-city-one-story).



OCTOBER 28, 2017  
COPLEY SQUARE

[WWW.BOSTONBOOKFEST.ORG](http://WWW.BOSTONBOOKFEST.ORG)

**BookBub**